



ILUSTRACIÓN ALFREDO CÁCERES

POR SOLEDAD TEIXIDÓ

El derrumbe de la apatía

Quizá lo único positivo que dejó el terremoto fue la constatación de que la llamada generación “ni ahí” estaba mucho más pendiente del futuro del país de lo que alguna vez se pensó.

Ala generación “ni ahí” poco le hablaron de terremotos en el pasado. Sin embargo, fueron los primeros después de la catástrofe en correr en busca de conexión a través sus aparatos tecnológicos para acudir a redes sociales y sitios de información y comprender el desastre que vivía el país.

Y bastó que la información les llegara a sus pantallas para que de un plumazo derribaran el prejuicio de indiferentes que se les había colgado. Reaccionaron con rapidez y no tuvieron que esperar publicidad sentimental de las empresas para conmoverse.

El despertar inmediato de los jóvenes replanteó la validez de este segmento en la sociedad civil. Más aún, demostró una nueva forma de ser ciudadano, dejando atrás la definición que sólo se traduce en consumidor o votante. Con el reciente terremoto, los jóvenes terminaron de consolidar a la sociedad civil como un ente gravitante en el futuro del país.

El insustancial debate de los últimos años para definir a la ciudadanía chilena del nuevo siglo siempre se había limitado a culpabilizar a los jóvenes que no se inscribían en los registros electorales, sin ni siquiera profundizar en el sentido de esta actitud que los quejumbrosos catalogaron de “ni ahí”. Pero los nacidos a comienzos de

los 80 demostraron ser un grupo mucho más empoderado y prometedor.

Aunque esto parezca novedoso, no lo es tanto. Ya la VI Encuesta Nacional de Juventud 2009, reveló que más del 50% de los jóvenes cree en el futuro del país y en su progreso, y más del 90% está convencido de que las personas jóvenes son un importante aporte para la sociedad.

Esta generación reprochada también por su desconexión con las relaciones humanas se pegó al monitor y comenzó a canalizar a la velocidad de la luz toda la información necesaria para organizar redes, planes de acción, reclutamiento de personas, redes de búsqueda, sistemas de transporte y todo lo necesario para ayudar a las zonas más afectadas con una editorial digital clara: esparcir la información. Mientras tanto, las autoridades luchaban contra el tiempo por comunicarse vía oreja y cuando por fin el Estado aterrizó a las regiones afligidas, esta generación de jóvenes ya estaba arriba del tren fraterno y a todo vapor.

Se organizaron a través de instituciones solidarias de la Iglesia Católica, federaciones de estudiantes, escuelas, clubes deportivos y organizaciones benéficas. Desde esos rincones realizaron un trabajo de esfuerzo y de sincero interés en la acción. Los bombos y platillos mediáticos quedaron para los

propios líderes de las instituciones mientras que la inmensa masa juvenil prefirió colaborar anónimamente.

La sacudida a los ex “ni ahí” dejó al descubierto una nueva y gran esperanza para Chile. Ya no hay fundamentos para descalificar a los nuevos jóvenes.

Pero eso no es todo. El terremoto también cambió que cada uno –incluidos los jóvenes– tendrán en el camino de la reconstrucción y para retomar la senda al desarrollo. Hoy y mañana, todos los chilenos serán imprescindibles para trabajar en la ampliación de los objetivos-país que fueron planteados en el pendrive del nuevo gabinete y que el terremoto terminó moviendo a la papelera de reciclaje.

En este bicentenario Chile respira una clara sintonía colectiva a favor de la reconstrucción de los hogares y de la búsqueda de la dignidad humana. Se percibe un aire de mayor sensibilidad. Hay menos tiempo para descalificar y un nuevo concepto de ciudadanía se comienza a forjar y a enriquecer gracias a los jóvenes que con el terremoto demostraron ser un segmento comprometido con el futuro y, sobre todo, informados y preparados para reconstruir Chile, un poco más despierto y consciente de que la única forma de avanzar será levantándose todos juntos como sociedad. **P**